

Morelos había obrado en esta etapa con un ojo de águila, con su misma agilidad y prontitud, cayendo certero sobre sus presas después de atraerlas, atacándolas hasta aniquilarlas, con una rapidez de concepción que iguala el acierto y oportunidad de sus maniobras.

Después de esta espléndida campaña que aumentó extraordinariamente sus elementos, asegurada su red fiera entre los principales puntos del Sur tras el gran Mexcala, debía tomar aliento y prepararse á continuar su vuelo avasallador y triunfal.



XII

LA TOMA DE ATLIXCO, IZÚCAR
Y TAXCO

CAMPAÑAS DE MORELOS.

Las operaciones rápidas de Morelos en el Sur, cuando lo vemos asentado en Tlapa, Chilpancingo, Chilapa, Tixtla y otros puntos que se ligan con Tecpan hacia el Pacífico y sus puestos fortificados de la Sabana y el Veladero, lo hacen dueño absoluto de la mayor parte de aquellas regiones.

¡Morelos se yergue ya como un poderoso adalid de huestes invencibles y tradicionalmente inquebrantables cuando se tienden orgullosas por las agrias abruptuosidades de las montañas, entre abismos, barrancos y precipicios vertiginosos, en torrentes y cataratas, bajo el bochorno fúnebre del cielo del Sur!

El caudillo ha delineado su plan de campaña; el general ha triunfado, y sus tenientes unos tras otros, ya expedicionando por el Suroeste, ya por el Norte de Chilpancingo, tráenle sucesivas palmas victoriosas fecundas en botín, distinguiéndose en tales correrías

los hermanos Bravo, los Galeana y otros que aumentan cada día el soberano prestigio de Morelos.

Ya á mediados del mes de Noviembre se siente con tanta potencia, que declara ciudad á Tecpan donde nombra autoridades, en tanto que hombres de su confianza recorren la costa del Pacífico en pos de reclutas y víveres para los ejércitos del Sur...

En todas sus poblaciones hay una alegría solemne y espontánea... vibran entusiasmos ardentísimos y el nombre de Morelos continúa siendo un toque de guerra y una diana que habla á las campiñas y selvas en un coro resonante de adhesión suprema. Los enviados del caudillo políticamente conducen sus proclamas, sus explicaciones acerca de la libertad, sus llamamientos á las armas... y de todas partes acuden á presentársele á Chilpancingo, Tixtla, Chilapa, formando en torno de su persona, ya formidable, una corte de valientes libertadores dispuestos á la muerte por la causa de la Independencia.

En Chilapa Morelos es sagaz político; organiza como siempre; estudia; marcha y contramarcha en secreto de una á otra de sus posiciones, atrayendo á cuantos buenos patriotas puedan vivir en las montañas y se hace querer de su ejército logrando que los célebres tejedores de Chilapa le proporcionen mantas para vestir sus bravas huestes.

Ya fuerte y respetable dirige en Noviembre un ataque á la villa de Tlapa, pero sus defensores realistas huyen y él deja buena guarnición, mandando hacia Silacayuapam á un aguerrido voluntario de su causa: Valerio Trujano, quien toma la villa apoderándose de víveres, parque y prisioneros.

En seguida organiza un ejército para atacar Chiautla

en el Sur de la Intendencia de Puebla... donde estaba el español Mateo Musitu con tropas bien disciplinadas é instruídas.

Musitu se apellida un rico hacendado del Sur de Puebla, quien levanta fuerzas entre sus peones; se hace de artillería realista y caballos, y espera al cura el 4 de Diciembre en los límites de la Intendencia. La embestida contra Chiautla fué terrible. Morelos se puso al frente de la columna de ataque compuesta de ochocientos indios flecheros, otros centenares de honderos y, como brillante núcleo de reserva, dos compañías de los valientes de la escolta del jefe insurgente, cuya fuerza, alentada con no interrumpida serie de victorias, arrolla á los realistas, los empuja al convento de San Agustín y tras de un combate desesperado, franqueadas puertas y trincheras, en el fondo de los claustros es aprehendido. Musitu dejando cuatro cañones, cien prisioneros, ciento y tantos fusiles, parque, víveres y caudales... ¡El terrible defensor realista Musitu fué fusilado cerca de los ensangrentados escombros de Chiautla!

Morelos continúa sin descansar hasta Izúcar destacando sus mejores tenientes para explorar el terreno... y al fin de su marcha se le presenta el cura de Jate-telco, Mariano Matamoros, quien habla con el caudillo con tal inteligencia y brio, que aquél no duda un instante de sus brillantísimas dotes y lo eleva á jefe de las fuerzas operadoras en las fronteras de la Intendencia de Puebla...

¡Extrañas guerras son éstas, en las cuales con admirable acierto se improvisan jefes, y en que los caudillos saben de súbito comprenderlos y encauzarlos á sus mejores teatros de operaciones.

Con semejantes recursos, con tenientes de tal energía, genio y ánimo, el cura destaca sus fuerzas siempre á los flancos y, dejando lo mejor de sus valientes costeros á retaguardia, como excelentes reservas y defensas de su espalda, marcha de triunfo en triunfo, alcanzados éstos por flanqueos audaces ó inopinadas resistencias en pueblecillos insignificantes, á cuyo asalto atraía á los realistas para caer luego sobre su retaguardia hábilmente, — envolviéndolos de tal modo que muy pocos adversarios escapaban de sus redes ó de sus garras leoninas.

Con la toma de Izúcar ábresele al General Morelos toda la línea de Puebla, ofreciendo sus vastas y riquísimas haciendas, su multitud de pueblos, su preciosa red de caminos, cortando las comunicaciones de la costa de Oriente con el centro de la Nueva España.

Puebla estaba desguarnecida un instante, mas las fuerzas realistas, con tres cañones, mil hombres y seiscientos caballos al mando del brigadier Soto Maceda, atacan con furia á Morelos en Izúcar el 17 de Diciembre, trabándose un combate de cinco horas, durante el cual sufren daños terribles las secciones asaltantes de Soto Maceda, — el que hacia tantos estragos en los llanos de Apam — hasta que aquél, herido de muerte, se retira en la noche acosado ferozmente, llegando á la hacienda de la Galarza, donde, perseguido sin tregua hace frente con desesperación reanudándose con más furor la lucha, teniendo que huir al fin hacia Atlixco, dejando á los insurgentes un gran botín, armas, parque, víveres y cien prisioneros más y los cadáveres de muchos oficiales españoles, quienes, justo es mencionarlo, murieron valientemente.

Morelos con sus bravos tenientes, jamás fatigado,

se detiene ante Atlixco, casi á las puertas de Puebla, y allí, satisfecho de su obra, docto y tranquilo, exclama :

— ¡ Está bien ! ¡ Más de lo que yo creía ! ¡ Ahora á la *Tierra Caliente* que allí tenemos que hacer !

Mientras así se expresaba el genio marcial, sostenedor de la grande insurrección por la Independencia Nacional, en Puebla el pánico llegaba á su colmo, verificándose espectáculos de miserable cobardía y ruina apocamiento... ¡ Todos creían que Morelos se despeñaría de las altas Sierras hasta abatir y aplastar la opulenta y entonces beata ciudad, segunda metrópoli de la Nueva España, pomposamente henchida de orgullo aunque sumisa á los altos príncipes reales y eclesiásticos.

¡ Y en efecto ! ¿ qué mejor presa para el necesitado ejército insurgente que la magnífica población habitada por ricos españoles, capitalistas, comerciantes, mineros, afortunados prelados, dignatarios y con un clero excelso regiamente munificado por cascadas de diezmos, primicias, cuantiosas rentas, donaciones espléndidas y todo género de larguezas que lo convertían en una entidad mil veces más poderosa que la misma del Virrey representante del Soberano español?...

Morelos, con más de mil hombres, otros tantos caballos, más de diez cañones, parque suficiente y provisiones é indios zapadores, podía, en verdad, haberse dejado arrastrar sobre Puebla, á lo que le animaban los suyos con grandes explosiones de alegría, conjurándole á adueñarse de la regia segunda ciudad del reino... Pero lo que pudo ser ejecutado con éxito por Hidalgo al principio, frente á la Capital, no era lógico y prudentemente factible verificarlo ante Puebla.

Morelos supo comprenderlo revelando una suma inteligencia estratégica.

Bien podía tomar la plaza de Puebla, pero dejaba á su espalda columnas enemigas. Agréguese á éstas las que saldrían de la capital al par de las que operaban en los llanos de Apam, las de Toluca y las del Centro... Así que bien pronto tendría que ser sitiado en Puebla ó sus alrededores, y, falto de líneas de retirada, sucumbir con todo lo aventajado, dando tristísimo fin con su terrible y rudo ejército suriano, hasta entonces el que con más imponderable brío batía á los realistas.

Obsérvese y analícese un momento la situación de Hidalgo ante México, después de la batalla decisiva de las Cruces, teniendo á muchas jornadas á su retaguardia las columnas de Calleja y en frente ningún obstáculo... Aun siendo atacado podría retirarse hacia el Sur; y véase á Morelos ejecutando fabulosas marchas y asaltos, desconcertando á sus enemigos, huyendo de los más fuertes, fortificándose en villas y haciendas, ligando los puntos sólidos, amagando allá, desapareciendo por aquí, reconcentrando sus tropas, desplegándolas temerariamente para engañar el denso cortinaje de líneas perseguidoras que era preciso ir desbaratando una tras otra... se comprenderá con cuánta lógica obró el tenaz caudillo al retroceder lentamente ante Puebla, sabiendo que en esta ciudad ya se creía llegado el fin con el incendio, el saqueo y la muerte!...

El jefe de la independencia torna á la *Tierra Caliente*, dejando en Izúcar á Matamoros, Sánchez y Vicente Guerrero, entonces capitán que empezaba á darse á conocer por su valor y astucia ante Morelos. Este llegó á Cuautla el 24 de Diciembre de 1811.

Mientras avanzan las osadas puntas guerreras del

héroe, Bravo y Galeana toman Huitzucó después de larga resistencia, huyendo los realistas á Tepecuacuilco á donde la caballería independiente los persiguió con flojedad; pero reforzada con refresco de jinetes y cañones, y poniéndose los mismos jefes á la cabeza de los insurgentes, recibiendo lluvia de fuego de las iglesias y casas, los animan á proseguir la carga lanzada hacia Taxco. Morelos vuela en tanto á otros rumbos de Tierra Caliente, extendiendo sus órdenes y su influencia estratégica hasta muy lejos, acudiendo ya cerca de Toluca, ya rumbo á Oaxaca, ya al Pacífico, desorientando á sus mismos amigos con aquellas marchas, rodeos, contramarchas, altos, fugas y fingidas enfermedades que terminaban con súbitos aparecimientos en las columnas de los suyos, todo realizado con suprema astucia, audacia, energía y valor. ¡Era un mágico de la guerra!.

¡Cuántas veces, cuando al fin de un combate que libraban sus fuerzas, que lo vieran á treinta ó cuarenta leguas del punto, iba á verificarse la derrota, aparecía de pronto, tras la retaguardia ó el flanco enemigo, el que, estupefacto, se desbandaba, dejando la palma de la victoria á los independientes, no menos sorprendidos y quienes por tal hecho adoraban más y más al gran cura-general-genio!

La toma de Taxco, riquísimo mineral y población de alta importancia, robusteció en gran escala al ejército de Morelos, quien ya desde ese momento empezó á dirigir sus acometidas hacia el centro para desembarazarse sabiamente de las columnas que debían ir á rodearle en sus tremendos reductos del Sur.

Continúa desprendiendo á sus hombres de confianza hacia Oaxaca, la costa del Pacífico, la del Golfo, hacia

el Bajío, hacia Michoacán y aun hasta el Norte, sin dar tregua á su genio valeroso y organizador. Y sabiendo que Porlier ha tomado Tenancingo y Tenango, dirígese con Bravo, Galeana y Matamoros á la barranca de Tecualoya; mas llega después de que el jefe insurgente Oviedo ha sido derrotado... No obstante, empuja á los realistas fortificados y les hace retroceder con grandes pérdidas... hasta que el jefe enemigo ocupa Tenancingo, fortificado de prisa y atacado con brio en un combate que terminó á media noche, después de haber incendiado Porlier la villa que abandonó así, con bagajes, acémilas, armamentos, artillería, prisioneros y heridos, siguiendo luego perseguido por la caballería de Bravo hasta Toluca adonde entró destrozado y taciturno, desorganizado y sin caballos ni artillería.

Y he aquí á Morelos más poderoso que nunca; vencedor en todas partes, con un ejército que ya alcanza á tres mil infantes y dos mil caballos, catorce piezas de artillería, treinta y tantos carros de parque y otra infinidad con víveres, así como acémilas y miles de indios que ejecutan trabajos de zapa y fortificación y aun sirven de propulsores á los cañones en los pasos difíciles, ó al atravesar los ríos; he aquí á Morelos que ya es dueño de gran parte del montañoso Sur, extendiendo su influencia guerrera por todas aquellas regiones, sabia, oportuna y valerosamente, secundado y comprendido por sus subalternos, amado por sus tropas, idolatrado por los libres y heroicos pueblos de la Costa Suriana!... Su enorme plan estratégico de tomar Oaxaca y Puebla y apoyarse en el Golfo, en tanto que se posesionaría de Acapulco, sostenido en el Norte y en el Centro por sus compañeros, iba realizándose á fuerza de energía y sangre!

Estas múltiples operaciones de Morelos que corría del Sur, apartándose de su centro de Tixtla, Chilpancingo, Chilapa, Tlapa, y últimamente Taxco, Izúcar y otras poblaciones importantes, para aparecer, ya cerca de Puebla, ya en los caminos que van á Toluca, destrozando columnas realistas, apoderándose de cuantiosísimos recursos en las haciendas y rancherías de españoles, — donde se avituallaban los insurgentes, surtiéndose por supuesto de caballos y caudales, en buena cantidad, como cuando regresó atravesando el rico Valle de Cuernavaca, donde pudo vestir su ejército y llevar espléndido botín á los valientes de las guarniciones de allende el Mexcala — todas estas correrías y afortunadas valerosas operaciones ponen en un conflicto doloroso el ánimo del Virrey Venegas, quien ordena terminantemente á Calleja, el terrible vencedor de Aculco, Calderón, Guanajuato y Zitácuaro, que con su victorioso ejército del Centro y los batallones y escuadrones que acaban de llegar de España, se dirija á terminar de una vez con aquel Morelos tan fabulosamente altanero y victorioso, al grado de apoderarse de todo el Sur, interceptando las vías de Acapulco á la capital y que osaba amenazar la opulenta Oaxaca!

Calleja era el semidiós de la causa realista, y el cruel Venegas tuvo que rogarle, no obstante sus rivalidades, que se dignara seguir con su Ejército del Centro hasta la capital, donde, unido con las divisiones de Toluca, Valladolid y Puebla, llevando como núcleo los veteranos y magníficos batallones españoles recién llegados « Lorena », « Asturias » y « América », amén de otras buenas fuerzas milicianas de voluntarios españoles que ansiaban aniquilar á los insurgentes, habría de realizar la campaña que concluyera con el mons-

truo Morelos, á cuya muerte se pacificaría el alborotado país, quedando la Colonia como antes, fiel y sumisa esclava de sus legítimos soberanos.

Calleja, después de peripecias varias y ridículas, acepta el encargo de dar fin al cura; y con cerca de cinco mil hombres, abundante artillería, selecto estado mayor y clero que le inciensa, entra en la Capital del Virreinato, bajo arcos de ramaje y flores, aclamado por todos los aristócratas, que le llamaban el héroe de las modernas edades, el Aquiles y el Epaminondas de la Nueva España.

Y mientras se organizaba la expedición al Sur, hubo saraos y distribución de condecoraciones, premios y ascensos generales, y en tanto que los españoles adoraban como á un ídolo propicio la figura de Calleja, festejándolo pomposamente como los persas al caballo de Alejandro, allá muy lejos, en un rincón de las sierras australes mexicanas, sereno y agusto, era también aclamado por los pueblos de las montañas el formidable caudillo de la libertad!

En la Nueva España íbase á realizar estupenda lid entre dos bravos campeones que sintetizaban dos causas... el Brigadier Don Félix Calleja del Rey con las intrépidas columnas realistas chocaría contra el cura José Morelos y sus pobres huestes.



XIII

EL ATAQUE DE SAN DIEGO

El sitio de Cuautla es legendariamente célebre no sólo en la historia guerrera de México, sino en la Historia del Mundo... Es una siniestra epopeya hermana de las que cantan los nombres de Cartago, Numancia, Jerusalem...

Á través de los profundos horrores, que son las sombras que proyectan sobre los heroísmos los genios de las venganzas coléricas, en aquel combate sin tregua de setenta y dos días esplende la aureola del águila del Sur, iluminando con luz de belleza todos los dolores y todas las miserias de aquel pueblo ávido de libertad.

Hermosa profecía : Cuautla se llamaba aquella villa desde la época de la conquista... y Cuautla viene del mexicano Cuautli que significa Águila...; la villa del Águila!...

Morelos, Víctor y Nicolás Bravo y Hermenegildo Galeana, de vuelta de sus victoriosas expediciones por Taxco, Tenango y Tenancingo, entran á Cuautla el 9 de Febrero de 1812. Sabiendo el caudillo que el terrible Calleja había sido recibido en la Capital en triunfo, con

su ejército del Centro, — vencedor en Aculeo, Guajuato, Calderón y últimamente en Zitácuaro, — el día 5, y que, engrosado con poderosos refuerzos, tiene orden de aniquilar á los insurgentes en las montañas del Sur, resuelve esperar el ataque en Cuautla.

Era esta población muy á propósito para resistir rudas acometidas y largo asedio, por la riqueza agrícola de las haciendas próximas, abundantes en provisiones de todo género, por su situación general á la entrada de la *Tierra Caliente*, el patriotismo y fidelidad de todos los habitantes de aquellos rumbos, decididos partidarios de la causa de la Independencia, adoradores entusiastas de Morelos, dispuestos á morir peleando y además por encontrarse en regiones conquistadas y por él muy conocidas.

Así fué que con todo brío continuaron los trabajos de fortificación y almacenamiento de víveres y municiones, construcción de armas y ejercicios militares emprendidos desde hacía tiempo por Leonardo Bravo, jefe de la plaza en ausencia de Morelos.

Cuautla se levanta ligeramente en una pintoresca meseta que domina los planos que la rodean, cubiertos de profusa vegetación, sembrados de caña de azúcar, y ciñendo al entonces humilde caserío espesas huertas, bosques y magníficos platanares. La villa se extendía de Norte á Sur en una longitud de media legua, atravesándola, como médula central, larga calle que enfilaba dos plazas y dos sólidos templos y conventos: San Diego y Santo Domingo. De oriente á poniente su anchura era de un cuarto de legua. Por el oriente corre el río que desagua en el Amacusac, naciendo en las vertientes del Popocatepetl. De la hacienda de Buena Vista, extremo Sur, asciende hasta la eminencia del Calvario,

extremidad Norte, una atarjea de mampostería, de vara y media de espesor, que se va elevando gradualmente para conducir el agua hacia aquella finca, cerrando por el poniente el recinto, defendido como dijimos, por el barranco del río, en la parte oriental.

Basta esta ligera descripción y la vista del plano respectivo para comprender las defensas naturales de la villa, á las que se unieron las creadas por el genio y la actividad de Morelos poderosamente secundado por sus soldados y por la mayor parte de los vecinos, que se pusieron á la obra con el mayor empeño, decididos á sepultarse bajo los escombros de su querido pueblo antes que entregarlo á los antiguos amos.

Se convirtieron en fortalezas las torres y conventos de San Diego y Santo Domingo, cuyos gruesos muros se aspillaron con ingenio, lo mismo que las pocas casas de cal y canto que había entonces, pues la mayor parte eran chozas de techos de zacate y palma, unidas por cercas de toscas piedras. Practicáronse cortaduras y trampas en las aproximaciones de los lugares de fácil acceso; construyendo parapetos y trincheras, caminos, de ronda, cuevas y subterráneos para bodegas y almacenes, garitones para centinelas y escuchas, reductos que debían combinar sus fuegos con los de las torres, sosteniéndose recíprocamente.

Mientras en el pueblo se trabajaba con todo brío, en los alrededores los comisionados de Morelos reclutaban gente brava, se hacían de caballos, armas y víveres que eran conducidos á Cuautla donde llegaban aclamados con júbilo. El caudillo pudo llegar á tener tres mil hombres de caballería y mil infantes, todos valientes, ladinos y buenos manejadores de sus armas, duros para las fatigas, intrépidos para los asaltos y astutos

en preparar emboscadas ó fingir fugas para desconcertar á sus engreídos perseguidores con bruscas y súbitas acometidas. Eran la mayor parte costeños, negros, mulatos, mestizos y criollos acostumbrados al espectáculo grandioso de las montañas y al imponente panorama del mar... Inconscientemente amaban la libertad...; Por ella habían de sucumbir, ensangrentados y épicos! — ¡Oh! valientes hijos del Sur, merecéis bien de la patria, porque en vuestras sierras forjasteis los rayos de su independencia...

Se puso especial empeño en dejar lista la artillería compuesta de diez y seis cañones de varios calibres, entre ellos « el Niño » y una culebrina célebre por su trágica historia. — Fundida en Manila pasó al puerto de San Blas de donde Hidalgo la hizo conducir á Guadalajara; Calleja la capturó en la batalla de Calderón, pasando á las fuerzas de Emparan, quien la llevó á Toluca de donde la sacó Porlier, y los soldados de Morelos se la arrebataron en Tenancingo, conduciéndola á Cuautla donde volvió á Calleja.

Los Bravo, Galeana y el intrépido Matamoros se dividían las faenas de dirigir las obras de defensa, de almacenamiento é instrucción militar, animando con vibrantes palabras, con candente entusiasmo á sus tropas, infundiéndoles su espíritu revolucionario y bélico.

El plan del Virrey comunicado á Calleja era tomar simultáneamente Cuautla y el pueblo de Izúcar para dividir las fuerzas de Morelos. Hacia este punto se dirigiría el Brigadier Llano con las tropas de la guarnición de Puebla, reforzadas por el batallón « Asturias » de donde el ejército del Centro debía marchar á su turno hacia Cuautla, y una vez tomada ésta, la división de

Puebla se ocuparía de la persecución de los fugitivos hasta aniquilarlos, en tanto que el ejército vencedor tornaría á México para lanzarlo á donde más urgiera.

El día 12 sale Calleja con el grueso de su ejército, y marcha á pequeñas jornadas, confiado en un triunfo completo, creyendo desbaratar á aquel temible Morelos que tanto le habían ponderado, pensando durante el camino en hacer terrible escarmiento como en Zitácuaro, la que, más feliz él que el derrotado Emperan, tomara á sangre y fuego, arrasándola hasta hacer pasar el arado sobre su antiguo recinto.

Llegó el 17 de Febrero á la hacienda de Pasulco á dos leguas de Cuautla, acampando, para disponer su ataque al día siguiente.

Al punto dispuso el jefe insurgente los aprestos para resistir, dando á Galeana el mando de la plaza y convento de San Diego, — bien fortificados con fosos y trincheras — hacia el Norte de la población; el de Santo Domingo á Leonardo Bravo, en el Sur; y á Matamoros y Victor Bravo los puso como jefes de la casa — hacienda de Buenavista y sus alrededores; en lo alto de las torres y todos los puntos dominantes colocó atalayas y los mejores tiradores, lo mismo que en los puntos extremos del caserío para que cazasen enemigos ó diesen noticias de sus movimientos. La multitud de indios que trabajaban en las obras, los retuvo para reparación de ellas después de los combates, armándolos con hondas y flechas. Las mujeres debían preparar alimentos, medicinas, coser ropa y hacer hilas para los heridos; hasta á los niños utilizó este incansable genio del valor y la resistencia! Formó con ellos una compañía llamada de *Los emulantes* cuyo jefe era su hijo.

Por su parte Calleja se aprestó á disponer sus columnas de asalto, pues para él era cuestión de un empuje vigoroso de sus granadas tropas, y tras una ó dos horas á lo más, entraría á la rebelde Cuautla.

Previamente hizo un reconocimiento en torno de ella, á la cabeza de quinientos dragones, recorriendo los alrededores á tiro de cañón, situándose luego en lo alto de la loma de Cuautlixco para darse cuenta del conjunto de la plaza.

Allá en lo alto de San Diego el caudillo insurgente observaba todos los movimientos del jefe realista, al que logró distinguir por su numeroso Estado Mayor y brillante escolta, y no pudiendo contener sus anhelos de pronto combate, decide ir á cargar sobre su pomposa caballería, acto reprochable en un general que es el alma de un ejército y nunca debe exponerse en arriesgadas aventuras dignas de un alférez ó teniente de guerrillas; pero había el atenuante de querer manifestar su irresistible sed de lucha.

En vano se le oponen enérgicamente sus amigos y generales subalternos. Morelos dice que va á reconocer á su vez al enemigo; llama á los más bravos jinetes para que le formen buena escolta, y por caminos y veredas de rodeo se lanza al galope; pero Calleja tiene mirada de cóndor, ve la polvareda, todo lo comprende y con esa rapidez que es la mejor cualidad táctica de un soldado, embosca tiradores y un cañón á uno y otro lado del camino, dando orden á los dragones de su retaguardia de atraer á la caballería insurgente. Y así sucede, por desgracia, ésta cree que va á batir á sus enemigos, mas se retiran á escape... síguenlos y entonces de los flancos del camino brotan descargas cerradas sobre la confiada escolta de Morelos, desbara-

tándola al punto. Luego tornan los jinetes realistas, cerrando la retirada al caudillo y á sus más valientes, que le rodean defendiéndolo con sus cuerpos, trabándose desesperada refriega, terriblemente desigual.

Por fortuna una de las atalayas de las torres de Cuautla mira lo que pasa; grita, y da la alarma que á tiempo escucha Galeana, quien se precipita como un rayo, machete en mano, seguido de los que estaban á caballo en la plaza de San Diego... Ya era hora, pues al lado de Morelos caían los últimos de sus bravos, aplastados por los dragones realistas, entre los que el campeón se debatía, debiendo también la vida á la agilidad de su caballo!... Ante el refuerzo de Galeana escaparon los enemigos sin haber logrado apoderarse del temible jefe; però dejando el campo regado de cáveres, aunque no todos de insurgentes.

Así terminó esta fatal escaramuza que fué dura lección militar para Morelos, mostrándole lo mal que obra un jefe comprometiendo en insignificante alarde de valor, el éxito de una campaña.

Esta peripecia alentó más al general realista en su propósito de dar el asalto sobre la plaza en las primeras horas del 19 de Febrero.

La flor de los cuerpos realistas vencedores en todas partes, alentados y enorgullecidos con sus rotundas victorias de Aculco, Guanajuato, Calderón y Zitácuaro, teniendo como núcleos las legendarias divisiones españolas que se habían batido contra las huestes de Napoleón en los campos de Europa, mandados por intrépidos veteranos, sabios en la táctica, familiarizados en ataques tremendos bajo el fuego de verdaderas baterías, estaban á la mano del indiscutible talento militar de Calleja...

¿Cómo vacilar?... ¿cómo desconfiar un solo instante del éxito de aquel asalto sobre un pueblo de casuchas apenas ligadas en torno de dos fuertes edificios habilitados de artillería débil, malamente servida?...

Más de cinco mil hombres, — que con la incorporación de Llano habían de llegar á ocho mil — integrados por los cuerpos españoles, más los de la Corona, Patriotas de San Luis, la célebre é imponente columna de granaderos cuya presencia causó delirio de admiración en México, el regimiento de Guanajuato y los escuadrones de lanceros de México, San Carlos, Tulancingo y España, Zamora y los de Armijo y Morán, entraron á constituir en parte las cuatro columnas de asalto. Quedó toda la caballería en reserva. Las cuatro columnas de infantería precedidas por indios « gastadores » que llevaban palas, barretas, zapas, cestones y vigas para improvisar puentes, sostenidos por tiradores en orden disperso, — llevando cañones entre los intervalos — se lanzarían á las siete de la mañana del 19 de Febrero sobre el norte de Cuautla para apoderarse de las fortificaciones de San Diego. Llevaban orden las dos columnas del centro de atacar á su frente hasta apoderarse, protegidas por la metralla de sus cañones, de la gran trinchera que cerraba el extremo de la plaza pasando los fosos del convento, en tanto que las columnas de los flancos, una á derecha, otra á izquierda, se abrirían á ambos lados, yendo á ocupar las casas laterales cercanas á la posición para flanquearla en el instante en que más comprometida estuviese la acción al frente. Grupos de caballerías hostilizarían por otros rumbos llamando la atención de los defensores de la plaza, sobre la cual, tomado San Diego, entrarían las reservas acuchilladoras de los realistas prendiendo

fuego á la villa para mayor espanto, iluminando la llegada triunfal de Calleja que pensaba no tener necesidad de bajar de su coche mientras sus órdenes se efectuaban.

Tal era el plan; veamos su ejecución y éxito : parten las columnas en el orden dicho, animandas al principio en sus flancos las caballerías que á medio tiro de cañón van á ocupar la retaguardia... luego las dos de los extremos dirígense á oriente y poniente, mientras las centrales con sus indios zapadores y su batería van á vivo aire sobre la trinchera que corta la calle Real, dominada por la alta y densa mole de San Diego; córrense los hombres de las columnas por las cercas del camino, aprovechando las casas que lo bordean, deslizándose por entre sus muros, hasta que frente á la trinchera la batería realista, con todo orden, desengancha sus cañones y vomita una descarga para abrir brecha; adelantan luego los fusileros cubriendo la batería que carga sus cañones, y hacen fuego, á cuyo tiempo otros tiradores corren á rebasar los primeros y á abrir sus descargas también, á este término la batería está otra vez cargada, avanza á mano y vuelve á disparar cuando los infantes le abren claro.

Los defensores que no habían hecho un solo tiro, esperaban atentos tras las claraboyas de las paredes, las aspilleras y crestas, disponiendo los cañones para aprovechar una descarga segura sobre compactas masas enemigas... Cuando éstas desmoronan parte del revestimiento exterior y se han acercado con viveza lanzando su cuarta descarga, escupen metralla los independientes á tiempo que por certeros tiros ruedan cadáveres varios de las primeras líneas. — ¡ Adelante! — ¡ á ellos! — rugen los jefes españoles y empujan la

batería para abrir brecha en la trinchera rechoncha aún y desafiadora.

Uno de los cañones realistas dispara con gran precisión, desbaratando en parte las defensas de la izquierda, envolviendo en sus escombros gran número de los sitiados, aunque sin grave daño, en medio de la inmensa nube de humo rasgada subitamente por los relámpagos fulgurantes de las descargas.

Galeana, tras la espesa trinchera va de un lugar á otro, gritando con furia, en una mano el machete filoso, en la otra la pistola bien preparada para dar la muerte al que esté á tiro.... Las columnas asaltantes se han detenido; y la batería va á tronar de nuevo para abrir algo de brecha para que puedan pasar; Galeana comprende la necesidad de hacer retroceder los audaces artilleros realistas por un ejemplar de terror y, como tira admirablemente, toma varios fusiles, sube al parapeto, y allí, sublime empieza á dispararlos todos rápidamente, unos tras otros, abatiendo á los sirvientes de las piezas. Se animan con los *bravos* y *vivas* de sus compañeros, quienes apuntan y matan como él, antes de que esté la batería para responder de nuevo allá desde el extremo de la humeante calle, por la que se adivinan las columnas de infantería realista cargando sus fusiles... Furioso entonces el coronel Segarra, jefe de la batería, adelanta á toda carrera ocultándose entre el humo y disparando su pistola frente á Galeana; éste por milagro resulta ileso y á su vez á quemarropa le mata de un carabinazo; precipitándose sobre el cadáver le quita sus buenas armas, y tomándolo de un pie, ante los realistas estupefactos, le arroja tras de la trinchera, á donde casi por la fuerza conducen los insurgentes al bravo Galeana. La batería

calló... y siguieron adelante las columnas, pero se estrellaron ante la trinchera, batidas por fuegos de las torres de San Diego y Santo Domingo, y por lluvias de flechas y hondas.... Ya van á retroceder no pudiendo coronar la fortificación; mas he aquí que de nuevo los asaltantes cobran ánimo á los gritos del gallardo coronel español, caballero en brioso alazán. Arenga á sus tropas, llamando á las que retrocedían; mas de repente cae herido el jefe conde de Casa Rul, y la consternación vuelve á hacer cejar las filas realistas ante la inexpugnable trinchera, cuyas descargas escasas y metódicas son fulminantes y producen pánico.... No se ven los defensores; pero juegan con el fuego, repartiendo la muerte. Los batallones de retaguardia en las columnas, alentadas por la colérica voz de sus jefes que no comprendían tan largo detenimiento, impulsan á sus Cuerpos sobre los de adelante y ya parece que sobreponiéndose al demolido obstáculo, cargan los realistas despreciando la metralla y las balas de los independientes; pero entonces Galeana destaca en torrentes sus lanceros, detiene un instante la vanguardia, mas el jefe de « Patriotas de San Luis » se arroja hacia adelante y cae herido de muerte por una bala insurgente. ¡Tres jefes principales han mordido el polvo!... ya es enorme la muchedumbre de los españoles que rugen frenéticos y que amenazan arrollar por fin con todo, empujados por la caballería.... Morelos ha previsto el caso; ha observado la situación, y suelta á sus indios flecheros y honderos sobre el flanco de la doble columna de ataque con tal ímpetu y con tal tumulto, que ya quebrantada en pleno desorden, acribillada por las balas de los cazadores de las torres, ceja definitivamente... Era el momento en que las otras dos co-

lumnas de los extremos derecho é izquierdo, después de horadar casas tras casas, en unas obras de zapa y combate difficilísimo, acaban por dominar las azoteas de algunas, teniendo la plaza bajo sus fuegos por uno y otro flanco, en tanto que sus vanguardias seguían para tomar por la espalda el convento de San Diego. Galeana comprende el peligro y manda á su sobrino Pablo á contener en las casas y solares á las columnas flanqueadoras que pueden quedar victoriosas. El joven se bate con furia arrojando granadas de mano y ametrallando á los asaltantes en tanto que su padre en persona se dirige hacia el otro extremo por donde un envolvimiento de fuerzas de refresco introduciría la alarma... Tras de la gran trinchera quedan las victoriosas que detuvieron á las columnas del centro y la batería, esperando las reservas que va á mandar Morelos.... Ya al frente no hay ataque... sólo á lo lejos se reorganizan nuevas tropas para otro asalto... Á oriente y poniente es ahora el combate, vivísimo, de ronco estruendo, cuerpo á cuerpo, en los patios y huertas de las casas.... De súbito, de entre los grupos de vecinos que conducen municiones á las trincheras, surge este grito:

— ¡Ya mataron á Galeana!... ¡Ya lo derrotaron!...
¡Vámonos!

Los escasos defensores de la trinchera de San Diego vacilan, cunden los gritos que truenan allí mismo, y ellos, sin el alma directriz de su gran jefe, huyen abandonando la fortificación.... Entonces se reforman los infantes realistas tras su caballería, la que, sabiendo que la trinchera está abandonada, embiste al galope sobre ella en apretados pelotones.... Cuenta la leyenda que en el preciso instante de aglomerarse ante su mole para ir á coronarla y tomar la plaza, un niño

humilde llamado Narciso Mendoza que habia visto sombriamente todo el drama desde un montón de escombros y tercios de cañas, sabiendo que un cañón habia quedado cargado, muerto un artillero, prófugos los otros, corrió á la mecha y sin vacilar dió fuego.... La compacta muchedumbre enemiga fué barrida de un golpe; creyóse en un ardid y los dragones realistas que quedaron con vida volvieron grupas.

Ya por entonces aparecía en la calle Galeana conduciendo prisioneros, gritando, enronquecido, en tanto que rechazados algunos ataques parciales por otros rumbos, Morelos llevaba tropa de refresco de la más aguerrida de sus reservas que sólo quería emplear en el último trance.... Estas penetran á las casas en escombros, dando muerte á los pocos realistas que se han hecho fuertes en ellas, y cuando un último asalto intenta Calleja, desembocan en sus flancos gruesos pelotones de caballería insurgente, amenazando cortar las comunicaciones del enemigo con su parque....

Son ya las tres de la tarde... hay cuatrocientos hombres del bando real sobre el campo y las calles, entre las chozas, huertas, platanares y cuartos y azoteas de las casas.... Tres jefes de los de más fama y de los más queridos en el ejército asaltante han caído.... No hay municiones, ni ánimo... y la numerosa caballería que no ha tenido gran participación en el asalto, está impotente, imposibilitada para entrar.... Apenas puede fingir con sus maniobras algunas amenazas, en tanto que se retiran tras ella las cuatro columnas de infantería, bien maltratadas y heridas, habiendo dejado, como siempre sucede en estos asaltos impetuosos, lo más bravo y audaz de su gente.

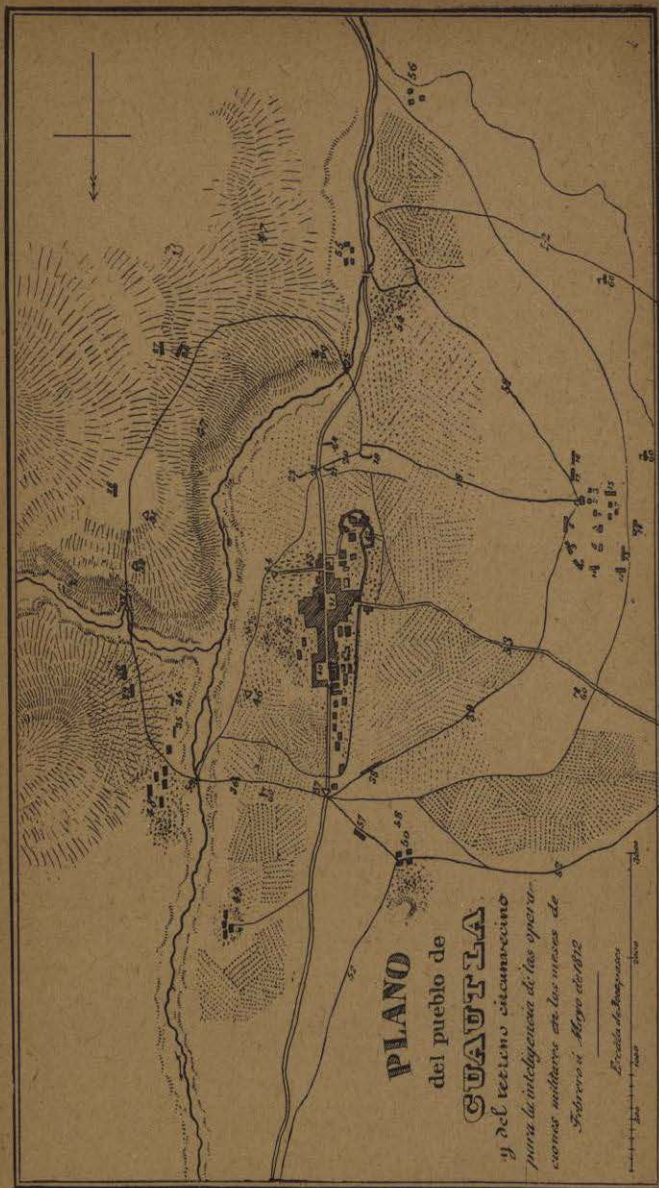
El orgulloso y hasta antes invencible Calleja fué á situarse, en retirada, lívido de impotente rabia, en las lomas de Cuautlixco y hacienda de Santa Inés, comprendiendo que en Cuautla había de encontrar por fin al genio de la gran causa libertadora.



XIV

EL SITIO DE CUAUTLA

PRIMERA PARTE



*Explicación del plano que representa el bloqueo y ataques
de Cuautla de Amilpas, hoy de Morelos.*

1. — Habitación del General Calleja.
2. — *Id.* del Cuartel Maestro.
3. — *Id.* del Mayor General de Infantería.
4. — *Id.* del Mayor General de Caballería.
5. — Parque.
6. — Procuraduría.
7. — Hospital.
8. — Columna de Granaderos.
9. — Batallón de Guanajuato.
10. — Escuadrón de lanceros de Meneso.
11. — Batallón de la Corona.
12. — Regimiento de Caballería de S. Luis.
13. — Patriotas de S. Luis.
14. — Regimiento de Caballería de S. Carlos.
15. — Escuadrones de Lanceros de Zaragoza y Armijo.
16. — *Id.* de México.
17. — *Id.* de España.
18. — Camino de comunicación con las baterías de Buenavista.
19. — Batería del Coronel Gordoncillo.
20. — Camino cubierto.
21. — Batería del Capitán Murga.
22. — Parapeto de una trinchera en el camino de Cuautla al de Coahuistla.
23. — Batería la más avanzada que se situó al fin del sitio.
24. — Espaldón de los morteros.
25. — Puente de comunicación al campo del Brigadier D. Ciriaco del Llano.
26. — Batallón de Asturias.
27. — Escuadrón de Tulancingo.
28. — Batallón mixto.
29. — Escuadrón de dragones de Puebla.
30. — Batallón expedicionario de Lobera.
31. — Reducto en que se situaron primeramente los morteros.
32. — Otro *id.* para avanzada de infantería.
33. — Camino abierto de comunicación en una profunda barranca llamada « de la agua hedionda ».
34. — Batería de agua de Juchitengo.
35. — Espaldón para infantería.
36. — Otro *id.* para avanzada de sesenta granaderos.
37. — Reducto del Calvario.
38. — Espaldón que de noche se sostenía con infantería y artillería.
39. — Camino de comunicación del reducto del Calvario á la habitación del General Calleja.

PUNTOS OCUPADOS POR LOS SITIADOS EN EL PUEBLO.

40. — Plaza de S. Diego.
41. — *Id.* de Santo Domingo.
42. — Hacienda de Buenavista.

43. — Santa Bárbara.
44. — Reducto del Platanar.
45. — Bosque de árboles frutales.
46. — Reducto de los insurgentes para favorecer la entrada del agua.

PUNTOS EXTERIORES FUERA DE LA CIRCUNVALACIÓN.

47. — Lomas de Zacatepec.
48. — Pueblo de Amelcingo.
49. — Hacienda de Guadalupe.
50. — *Id.* de Santa Inés.
51. — Camino real de México.
52. — *Id.* por donde el ejército pasó para establecer el sitio, levantando el campo de Cuautlixco donde estuvo cuando Calleja fué rechazado por Morelos el 19 de Febrero de 1812.
53. — El Hospital.
54. — Bosque á las inmediaciones de Coahuixtla.
55. — Hacienda de Coahuixtla.
56. — *Id.* de Mapaxtlám.
57. — Escuadrón de lanceros de retén.
58. — Guerrillas.
59. — Puente de comunicación.
60. — Avanzadas de caballería de 25 hombres de día y de noche de 50.

XIV

EL SITIO DE CUAUTLA

PRIMERA PARTE.

Después del sangriento é infructuoso ataque de las granadas tropas realistas contra el convento fortificado de San Diego, tan bizarramente defendido por Don Hermenegildo Galeana, comprendió el brigadier Calleja que la toma de Cuautla no era una bicoca. Por una parte, fortificada con admirable genio, por otra, contando con una guarnición de gente brava, ruda y fanática por la causa que defendía, dirigida por jefes inteligentes y de una intrepidez á toda prueba, tuvo que convencerse el caudillo español de que con otro asalto como el de San Diego se quedaría sin tropas y sin gloria, abandonado en país enemigo.

Era, pues, necesario establecer un sitio en toda forma para reducir la villa en un cerco de fuego donde tendría fatalmente que entregarse después de unos cuantos días.

Como las órdenes del virrey eran de que terminantemente y de un solo golpe se apoderase de Cuautla,